

ZUNZUNEGUI DICE QUE LA LITERATURA ES COMO UNA CARRERA DE BICICLETAS

—A mí ya todo me da lo mismo. Ahora hago como Unamuno: que al principio se disgustaba con los anónimos y luego se divertía leyéndoselos a la familia.

A Zunzunegui le meten anónimos por debajo de la puerta de su estudio.

—Me han dicho casi todo lo que se le puede decir a un hombre: desde que soy un cenizo hasta que se alegraban porque no había heredado tanto dinero de mi padre como yo esperaba.

En algunos círculos literarios, cuando se acuerdan de Zunzunegui, le ayudan pronunciando las dos únicas zetas del apellido. Cuando alguien pronuncia el apellido entero, es costumbre de tocar madera.

Estúpideces de la gente. Zunzunegui es, después de Baroja, uno de los novelistas más importantes que tenemos en España.

La entrevista tiene lugar en su estudio, en un ático de la calle de Viriato, donde el silencio puede cortarse con una hoja de afeitar. Fuimos hasta allí siguiendo los bulevares, hasta la misma glorieta de Chamberí, donde Madrid sigue siendo posgaldosiano con cafeterías de urgencia.

Zunzunegui, para trabajar, se quita la chaqueta, como si fuese a descargar pianos en vez de a escribir novelas.

—¿Cuántos libros ha escrito usted?

—Los libros no dicen nada, porque pueden ser folletos. Yo creo que hay que contar por páginas.

—Entonces, ¿cuántas páginas?

—Más de seis mil de prosa narrativa.

—¿Empezó usted haciendo entrevistas en su noviciado literario?

—No; me defendió la familia hasta que pude navegar solo. Yo, desde chico, iba para novelista; al menos esa era mi idea.

Zunzunegui ha sido siempre un hombre bien situado económicamente. El quiere representar el papel de escritor pobre, que vive al día de lo que escribe; pero todos saben que Zunzunegui es un accionista importante de unas bodegas de su tierra, y que tiene además sus fincas y su dinero en el Banco. Todo esto intenta él disimularlo. Jamás toma un taxi ni un autobús ni un tranvía. Va de un lado para otro siempre andando, y para pagar el café saca del bolsillo del pantalón un billete arrugado de cinco pesetas, como si quisiera dar a entender que es el único que le queda. También sabemos que Zunzunegui fué el editor del primer libro de crónicas de González-Ruano, titulado "Madrid entrevistado", y que la firma editorial se denominaba "Mayil".

—¿Qué cronistas españoles le parecen más importantes?

—González-Ruano y Torrelblanca.

—¿Y novelistas?

—Aparte de Baroja, Bartolomé Soler, Sebastián Juan Arbó, González-Ruano y Torrente Ballester. Entre los jóvenes, Miguel Delibes es el mejor, para mi gusto; luego, Agustí, Carmen Laforet, Elena Quiroga y Eulalia Calvarriato. Entre los muy jóvenes, Luís de Castresana.

—¿Se considera usted el mejor entre los novelistas?

—Yo no opino. Esas preguntas ya las contestará el público, la crítica y la posteridad. Mi preocupación es hacer cada vez mejores novelas. El oficio literario es como una carrera de bicicletas: todos salen, unos con más y otros con menos ímpetu; pero lo importante no es salir, sino llegar al final con un pedaleo fresco. De todos los participantes, muchos se quedan en el camino, otros se retiran...

—¿Qué opina de los premios literarios?

—Entre todos, el de la Academia es el de más seriedad y autoridad, porque esos señores de la Academia están por encima de las disputas y de las pequeñeces de los hombres. El Nadal ha tomado un aire comercial peligroso.

—En resumen: ¿usted cree que los premios han valido o han perjudicado a la literatura española?

—Han valido. A Miró le descubrió un premio, y lo mismo a Elena Quiroga y a Carmen Laforet.

Zunzunegui tiene muchos libros importantes y curiosos sobre temas de Madrid y sobre oficios diversos. Se calcula que el número de volúmenes pasa de los cinco mil. Entre los múltiples títulos que hemos visto recordamos el "Manual del baratero, o arte de manejar la navaja, el cuchillo y la tijera de los gitanos". Hay también libros sobre relojes, sobre cocina y sobre otras muchas cosas. Los de cocina puede ser que le importen mucho a Zunzunegui, porque a eso de comer le da él mucha importancia, como vasco que es. Todavía no sabemos si los pasteles del Instituto Británico se los comía él o Baroja. Don Pio dice que Zunzunegui se tomaba una docena de pasteles y luego le decía: "Con esto ya no cenó hoy." Zunzunegui dice que no es cierto, porque Baroja era quien se tomaba la docena de pasteles y una tarta entera. Los dos novelistas vascos no quieren ponerse de acuerdo.

Cruzamos la glorieta de Chamberí. Zunzunegui, embutido en su abrigo gris. Corazón del castizo Madrid. Humo de castañas mezclado con el recuerdo de Arniches. Las bicicletas, los camiones y los coches pasan en tropel: cuadro de

Regoyos. Mil gritos salen de la glorieta: ¡PUEBLO, PUEBLO; ha salido PUEBLO!...

Por una calle estrecha se pierda Zunzunegui, y nosotros, a la luz del taxi, empezamos a leer su nueva novela "La vida como es".

Marino GOMEZ-SANTOS